

CAPITULOS DE HISTORIA FRANCISCANA

III--FUNDACION DE LAS MISIONES DE SAN FRANCISCO JAVIER

APACHES Y COMANCHES

POR FERNANDO OCARANZA¹

Llevando sus correrías hacia el norte, fray Mariano Francisco de los Dolores y Viana, dio con una copia de naciones que se llamaban de los mayeyes, los yojuanes, los deadoses, los vidaís y otras más.

Se fué insinuando en ellas por medio de regalos que consistían en tabacos, dulces y "buxerías de las que contentan a las Indias". Así los fué atrayendo a su fe, sin necesidad de emplear la fuerza ni exponerse a los peligros a que se habían expuesto otros misioneros, cuyas atrevidas empresas los llevaron hasta el extremo de perder la vida. Inspirando y creando confianza pasó a otras regiones hasta llegar a una muy propicia: un valle, situado a sesenta leguas de San Antonio, entre los ríos de las Animas y San Xavier, donde fué edificada más tarde la Misión de San Francisco Xavier de los Texas.

El lugar no podría ser mejor, ya que las elevadas montañas vecinas formaban puntos de vigilancia, y la confluencia de los dos ríos, buen lugar para la defensa contra posibles invasiones de los irreducibles indios apaches.

Aparte, crecían naturalmente diversos árboles frutales: nueces, nísperos, ciruelas, uvas y era posible, y no tan sólo, sino abundante, la caza del oso, del venado, del pavo silvestre y del conejo. A pesar de tantas ventajas, no pudo desde luego fundar la misión, por oponerse a ello los trámites y las consultas con las autoridades virreinales y muy principalmente con las militares del presidio de San Antonio. Sin embargo, fué fortuna que estuviese por aquellos rumbos el Visi-

¹ Fuentes: para los capítulos I y II, anteriormente publicados, M. S. S. de la Biblioteca Nacional: *Archivos de la Provincia del Santo Evangelio*, legajos 7 a 32; además: "*Crónica Seráfica y Apostólica del Colegio de Propaganda Fide de la San Cruz de Querétaro en la Nueva España. Escrita por el P. Fr. Juan Domingo Arricivita.—En México: Por Don Felipe de Zuñiga y Ontiveros, año de 1792.*"

tador de las misiones y que los mismos indios pidieran "que fuesen los Padres a sus tierras y les pusieran Misión como en San Antonio".

Transcurrió un año y hasta entonces se dieron pasos más formales que consistieron en el envío del teniente don Juan Galván, quien escoltado por soldados de su mando llegó a la tierra de San Xavier y su primera providencia fué pedir a Fr. Mariano de los Dolores un informe certificado acerca del estado que guardaba aquel lugar. En ese informe se dijo que los misioneros vivían solos, sin soldado alguno, y en plena paz con los indios gentiles y sus familias; que tenían algunos jacales para vivir, cercados con estacada; que poseían yuntas de bueyes bien aperadas y semillas listas ya para sembrar la tierra; por último, que los indios habíanse acostumbrado a vestir las ropas que les repartió fray Mariano y consumían, como alimento, maíz y carne de los ganados que procedían de San Antonio.

Por si no fuera bastante, y en vista del interés que tenía el Colegio de Propaganda Fide de Santa Cruz de Querétaro, por la fundación de misiones más y más al norte, llegó a San Javier el mismo presidente del Colegio, Fr. Benito Fernández de Santa Ana, con el fin de enterarse de la situación y enviar al virrey su informe personal, que seguramente tendría por muy valioso.

Resultó, así, la fundación de tres misiones: San Francisco Xavier, con tres naciones y con una planta de 194 personas entre hombres, mujeres y niños; San Ildefonso, con tres naciones más, y un grupo de 199 personas en el mismo fundo; La Candelaria, cuyo establecimiento quedó aplazado, en espera de que bajaran las crecientes del río Colorado y así fuera posible el "paso a las dos Naciones que habían de poblarla, como se verificó en pocos días".

Bien pronto se sintió la necesidad de fundar un presidio para defensa de las misiones, pues los indios apaches "acometieron a la San Xavier con increíble furor, irritados de que aquella nueva población era un poderoso obstáculo a sus correrías". Durante un año atacaron por cuatro veces, tratando de penetrar a lo poblado a sangre y fuego; sin embargo, a pesar "de su excesivo número, de su bárbaro arrojo y de su porfiado empeño", no pudieron conseguir su intento y tan sólo hubo de lamentarse la muerte de tres soldados y cuatro indios.

Esto fué motivo para que la gente creara confianza, y abandonando los lugares despoblados que hasta entonces habían preferido, se concentraran en los recintos de población. En cambio, había dificultades para que los soldados recibieran su pré, ya que vendría directamente de sus jefes respectivos. Esto fué motivo para su descontento, el cual muy pronto los convirtió en enemigos de las misiones. La situación adquirió gravedad, ya que entre los soldados del presidio y de los diversos destacamentos existió un estado de

conspiración cuyo fin consistía en el retiro de las misiones y el regreso de los soldados hacia los sitios de holgura y divertimento. Fué necesario el envío del teniente de capitán del presidio de Sacramento, don José de Ecay y Musquiz, para que informase sobre la situación, previa la práctica de averiguaciones conducentes, las cuales llevó a cabo "tan fieles y desinteresadas", que pudieron evitar la pérdida de una conquista realizada con tantos afanes y tesón.

Mas no fué aquella la única dificultad. Aparte, existió la sugestión reiterada de temastianes, caudillos o sacerdotes gentiles que no se habían acogido a la misión e inducían a los indios para volver a su vida nómade o trashumante, en la que vivían de la caza y de los frutos que la tierra les ofrecía espontáneamente, ya fuese al alcance de la mano o en la copa de los árboles lustrales y seculares.

Por último, hubo otro motivo para que los indios abandonaran las misiones y fué la coalición de los distintos pueblos o naciones a los cuales pertenecían, para luchar en conjunto contra los apaches, que ya los tenían hartos con sus continuas y feroces depredaciones. La iniciativa había partido de los texas y de los navidachos, pero la habían aceptado todos los pueblos que vivían al norte del río Bravo.

Por si no fuera bastante, algunos hechos aislados agravaron más la situación de las misiones de San Xavier. El 11 de mayo de 1752 estaban en una celda de "la despoblada Misión de San Ildefonso", Fr. José Francisco Ganzábal y un refugiado de apellido Zevallos, cuando se oyó un tiro de trabuco y este hombre caía desplomado a los pies del fraile y al poco tiempo moría. El hecho llamó desde luego la atención por motivo del arma usada para el homicidio y que no era, por cierto, de las que manejaban los indios. Sin embargo, la sospecha recayó en "un indio ladino" que "dos días antes había huído con su mujer" y "que el Padre Ganzábal había llevado para que ayudara a Misa y sirviera a los padres, por haberlo criado desde muy chico, e instruido en el catecismo, de forma que entendía los idiomas de los indios y servía de intérprete con los más de ellos".

Como una consecuencia necesaria de tantas calamidades, las misiones fueron despoblándose. Los frailes y sus validos de San Francisco Javier se replegaron hasta las márgenes del río de San Marcos. Los de San Ildefonso abandonaron, asimismo, el lugar, y los indios cocos de la Candelaria volvieron a sus madrigueras antiguas del río Colorado. Los frailes fueron a seguirlos hasta dicho sitio, donde los indios los "recibieron con notables demostraciones de amor y de gusto". Los indios mayeyes, que siempre habían manifestado adhesión a los frailes de San Francisco Xavier y que vivían cerca de la misión "avandonaban aquel parage, viendo cortado y pestífero su río, convertidos en brozas y espinas sus montes". Ocuparon en-

tonces las márgenes del río de Guadalupe, pues dichos lugares fueron de todo su agrado. Los religiosos quisieron quedar ahí también y para el efecto suplicaron al coronel don Diego Parrilla que "certificara la estabilidad de aquellas familias, con la esperanza de atraer allí a las otras". Así lo hizo el militar, pero los superiores ordenaron que tanto el presidio como los seis franciscanos fueran trasladados al río de San Sabá. Como recurso, los mayeyes quedarían bajo el cuidado de las misiones de San Antonio, lo que rehusaron, pues no entendían sino de conservar a sus antiguos misioneros. Con tal motivo, quedaron abandonados. Y así terminaron trágica y lastimosamente "unas Misiones, que si costaron a los Apostólicos Misioneros sudores, fatigas, trabajos, persecuciones, sangre y angustias, mayor que todas esas penas fué el dolor de salir de ellas".

Todo esto significaba la imposibilidad de intentar la reconstrucción o reocupación de las misiones abandonadas, mientras no fueran reducidos los apaches. Esto podría conseguirse de dos maneras: ya sea por la acción militar, y la iniciativa debería partir de los jefes de los presidios, o el establecimiento de misiones en el corazón mismo de la nación apache y esto sería obra del presidente de las misiones, con el muy probable o casi seguro sacrificio de algunos o de muchos misioneros, antes de conseguir el indispensable objetivo.

Esta "feroz y horrible Nación de los Apaches" correspondía a una extensión de más de trescientas leguas, cuyo contorno casi circular se extendía "desde el Real de Chiguagua, cruzando el Poniente, hasta el río Gila, y subiendo hasta el Norte, hasta el Moqui, Nuevo México, y Provincias de Texas y Quiahuila; y revolviendo al Sur remata en el Sobredicho Real". Vivían diseminados o agrupados en rancherías pequeñas, con reducido número de habitantes, situadas en montes y valles de difícil acceso, ya fuera por la escasez de agua o por lo fragoso del terreno. Eran muy temidos de las tribus vecinas por su ferocidad y su crueldad incomparables. En aquella época no se pintaban el rostro, pero recogían sus cabellos de una manera especial sobre el vértice de la cabeza, a la manera de los tártaros y de los mongoles. Los franciscanos les encontraron ciertas afinidades con los chichimecas y con los otomíes. Con los primeros, por sus costumbres y su ferocidad; con los segundos, por el idioma, pues al decir de un indio de la última raza, tan sólo se distinguían ambos dialectos por algunos vocablos y esto fué motivo para que se pidieran misioneros conocedores del idioma otomí, con el fin de intentar la evangelización de los apaches. A esto animaba la circunstancia de que varios indios de esta raza vivían pacíficamente en la Misión de San Antonio de Valero.

Sin embargo, los misioneros estaban muy bien enterados de las maneras crudelísimas que acostumbraban los apaches para matar a sus prisioneros; de su gran destreza en el manejo de los caballos

y en el uso de las armas que usaban, como eran el chuzo, el arco y las flechas; de que caían sobre los pueblos y las haciendas como "feroces tigres", aprovechando "las tinieblas de la noche y cautelosos ardides", caminando para ello distancias increíbles; por otra parte, para sus retiradas eran como "veloces águilas, dificultando mucho darles alcance". Aprovechaban también su manera de gritar, "alarido que dexa despavoridos a los pueblos y turbados a los soldados".

En medio de semejante situación moral, y exponiéndose a eventualidades tan terribles, Fr. José González, de la misión de San Antonio, hizo un nuevo intento para evangelizar a los apaches, aprovechando un suceso acaecido el año de 1723.

Por motivo, seguramente, de un descuido de los soldados, cayeron los apaches sobre el presidio de San Antonio y se llevaron toda la caballada. El capitán se aprestó para la persecución, pero antes de iniciarla, el ministro de la misión le recordó las disposiciones reales "para que no sólo cuando ellos (los apaches) pidan las paces se les otorguen, sino que quando sus Reales armas se vean precisadas a castigarlos, antes de ejecutarlo, repetidas veces de ante mano se las ofrezcan". Empero, el capitán salió a campaña con treinta soldados y treinta indios de la misión, siguiendo la huella de los apaches, que se habían repartido los caballos y distribuido a sí mismos en cinco grupos para dificultar su persecución. El capitán siguió a uno de dichos grupos, cayendo sobre una ranchería de manera tan inesperada, que los cincuenta varones que se encontraban ahí no tuvieron otro recurso que huír, abandonando a sus mujeres e hijos, que fueron presos por los españoles. Cuando éstos llegaron a la misión, fray José González prestó atención a una india que "por su aspecto se distinguía de las otras y se conocía dotada de particulares prendas"; pensó desde luego en instruirla y utilizarla para lograr las paces con los indios, a pesar de la resistencia y de las burlas de la soldadesca, a la cual un triunfo fácil animó para seguir guerreando con los indios, a la vez que para conservar sus presas en calidad de esclavos; pero al fin triunfó la entereza y la decisión del fraile. Se entendió con la india por medio de otra prisionera que hablaba el castellano, la vistió a la española "y dándole otras bugerías, le puso al cuello una cruz muy curiosa, y prometiendo ella volver a los veinte días con la respuesta, la acompañó el Padre hasta que estuviera segura de que los Indios no la mataran por su grande rencor y ojeriza, pactando que desde aquel parage avisaría con humo cuando ella volviera". El fraile de la misión de San Antonio comprendió desde luego que no sería posible arreglo alguno si no se devolvía a los apaches las mujeres y los niños que permanecían cautivos en el presidio.

La india mensajera encontró que ya se habían reunido en la ran-

chería como quinientos indios que se aprestaban para asaltar y tomar a sangre y fuego el presidio y la misión, lo que hubieran logrado seguramente. Sin embargo, "el discernimiento y la persuasión de aquella muger" evitaron una acción inmediata, y después de cinco días que los indios "duraron en altercaciones y juntas", decidieron aceptar las paces que se les ofrecían, y para el caso, acudieron a un lugar señalado de antemano, a donde habrían de ir el capitán, sus soldados y los misioneros. Cuando los antiguos enemigos estuvieron enfrente, el caudillo de los indios hincó la rodilla frente al capitán y en señal de amistad le presentó como regalo un bastón y una "piel de síbola, en que estaba pintado el Sol, como que ellos lo tienen por Dios". Pasaron después a la misión y ahí pidieron hospedaje a los frailes, que les fué concedido durante los dos días que permanecieron en el lugar. Se les ofreció, aprovechando esta permanencia tan corta, instruirlos en los evangelios y darles a conocer los propósitos de los reyes de España con respecto a los pueblos conquistados en las Indias. Los indios marcharon, sin embargo, ofreciendo volver con su respuesta cuando hubieran transcurrido doce días. Esto no sucedió, pero en dos años no hicieron manifestación alguna de hostilidad contra la misión ni contra el presidio y su cortísimo hospedaje sirvió para comprender que "no es inflexible su barbarie".

Los dos años de paz animaron a fray Francisco Hidalgo y a fray Francisco Bustamante, lego, para procurar una reducción espiritual más efectiva entre la tribu de los apaches. Hicieron una solicitud al presidente de las misiones, Fr. Gabriel de Vergara, quien no se creyó autorizado para resolverla, recomendando a los frailes solicitantes que la hicieran ante el presidente del Colegio de Propaganda Fide de la Santa Cruz de Querétaro.

Desgraciadamente, los buenos propósitos no pudieron realizarse, ya que habían empezado actos aislados de hostilidad que poco a poco fueron creciendo hasta reanudar el estado de guerra que había reinado antes entre los españoles de los presidios y los apaches de las rancherías.

Una de las expediciones más notables fué la realizada el año de 1745, en que penetró el capitán del Presidio de San Antonio al corazón de la apachería, llegando hasta las márgenes del río Salado, haciendo prisioneros a varios de los principales y a sus parientes de mayor aprecio.

En esta expedición fué como capellán Fr. Benito Fernández de Santa Anna, presidente de las misiones, quien tuvo la oportunidad de levantar una información muy minuciosa, geográfica y descriptiva, de los ríos, valles, montes y minerales de la zona recorrida. Sin embargo, la conquista moral o espiritual no pudo realizarse; muy al contrario; los franciscanos resumieron la situación con estas pa-

labras que pintan el estado de ánimo en que se hallaba la nación apache, principalmente las tribus de ipandes y natajes, el cual perduró hasta época reciente. Los apaches "sentían su infortunio no sólo sangriento, viendo en sus habitaciones y tiendas fresca la sangre de los suyos, sino amargo en las continuas lágrimas que les secaba el cautiverio de sus más amables prendas, sus mugeres, hijos y parientes, y arrebatados de su dolor, hacían continua la demencia que suele ser breve en la ira, y enfurecidos no pensaban mas que en la sangrienta venganza".

Nuevos intentos hacen los misioneros franciscanos, principalmente Fr. Benito Fernández de Santa Anna y Fr. Mariano de los Dolores, para evitar que los capitanes y los soldados de los presidios emprendan nuevas expediciones punitivas contra los apaches, aparte de que, valiéndose de emisarios convertidos, de la propia raza, tratan con los mismos apaches para evitar nuevas correrías, futuras depredaciones y para impedir también la realización de sus planes de venganza.

Sin embargo, no pudo evitarse que por el año de 1749, siguiendo el capitán y la tropa del presidio de San Antonio a una gruesa partida de apaches, le dieran alcance y emprendieran combate, en el cual, tocó a los indios la peor parte, ya que además de los muertos, les hicieron cuarenta y seis prisioneros y les quitaron como cien caballos.

Mas pudo conseguirse en esta vez que los indios fueran tratados con mayor piedad, aunque el capitán encontró indecorosa la proposición que le hiciera Fr. Mariano de los Dolores para que aprovechara circunstancias tan favorables para los españoles y propusiera la paz a los indios. No era posible esperar esta actitud. Los jefes militares y los encargados de lo civil encontraban propicia la situación, ya que de esta manera podían proporcionarse criados y trabajadores sin sueldo entre los prisioneros.

Y no era tan sólo, sino que indios de otras tribus, los adais por ejemplo, eran utilizados en la misma forma, tomándolos de las misiones y de los presidios, lo cual hacía hasta el mismo gobernador de la provincia, obligando ésta, como muy diversas otras circunstancias, para que los franciscanos escribieran al virrey denunciando los hechos.

Con tal motivo, Fr. Mariano de los Dolores tomó de nuevo por su cuenta la empresa pacificadora, y utilizando una vez más a una india prisionera como emisaria de paz, intentó esta misma cerca de los capitanes apaches. Se manifestaron bien dispuestos, pero expresaron como una condición para pactarla, que les devolvieran a los prisioneros y que toda negociación habría de hacerse por conducto de los misioneros.

Los indios fueron teniendo confianza y aunque no llegaban al presidio, sí lo hacían a las misiones, lográndose, por último, que el propio capitán apache visitara a Fr. Benito Fernández de Santa Anna, presidente de las mismas. Por este tiempo los frailes habían conseguido la liberación de los prisioneros.

Todavía más, en agosto de 1749 llegaron a la misión de San Antonio dos mensajeros con la pretensión de que viniera a la misma todo el grueso de la gente apache y permaneciera en ella mientras se les formaba una misión propia. Los franciscanos temieron el carácter voluble de aquellos indios y el posible daño que podría sufrir su labor tan avanzada con los de otras tribus concentradas en las misiones. Por tal motivo y por virtud de tales temores, emplearon toda su política para evitar que los apaches tomaran como repulsa la oposición que habían de manifestar necesariamente a sus deseos.

Las negociaciones fueron seguramente llevadas a cabo con gran habilidad, pues los apaches, a pesar de "su natural altanería" siguieron cultivando sincera amistad con los españoles.

Muy pronto habrían de dar la prueba cuando avisaron de una gran concentración, con fines hostiles, que hacían los natajes y los julimes a lo largo de los caminos del Río Bravo. El hecho se tuvo muy pronto como cierto, pues aventurándose por tales caminos, fueron asaltados Fr. Francisco Xavier Silva y ocho españoles, al pasar por el paraje llamado de San Ambrosio. Todos fueron muertos, incluso el fraile; sin embargo, los españoles se defendieron hasta lo último. De tal denuedo dieron fe los indios muertos que se encontraron sobre el campo y con los que no pudieron cargar los asaltantes según era su costumbre, identificándose un indio julime y un indio nataje.

Esta no fué una manifestación aislada de amistad. A ella siguieron otras. Y como los apaches ipandes permanecían concentrados y en perfecta paz cerca de las misiones, los frailes franciscanos creyeron que llegaba el momento de fundar misiones exclusivas para dicha nación. Este proyecto tuvo la oposición de los soldados de los presidios, que seguían manifestándose recelosos, "desconfiando con pánico terror de lo mismo que estaban mirando, y que ni aún de sus descuidos se aprovechaban los Indios, para causarles los daños que son tan continuos entre los Christianos viejos, siempre que tienen ocasión de lograrlo".

Las reservas de los capitanes se fundaban en que los jefes apaches no habían negociado con ellos y no les parecía bastante que lo hubieran hecho tan sólo con los misioneros. Pero aquello consiguió también Fr. Mariano, pues convenció a los capitanes apaches para que visitaran al español y ratificaran la situación de paz y amistad.

Mas ahora no tan sólo se oponían los militares, sino el gobernador de la provincia y fué necesario el esfuerzo de Fr. Mariano y del presidente de las misiones, quienes llevaron sus instancias hasta el mismo virrey para que se obtuviera al fin la concesión para fundar misiones propias a los apaches.

El teniente don Juan Galván, en compañía de Fr. Miguel Aranda, comisionados por el presidente de las misiones, emprendieron un viaje preliminar a lo largo de los ríos de los Pedernales y de los Sanas, pero no encontraron lugar a propósito para un establecimiento. Este correspondió, en cambio, al río de San Sabá, donde había "buenas tierras, piedra y madera". Fr. Miguel Aranda cuenta en una carta muy sencilla cómo llegaron al río, donde encontraron grupos de indígenas que los recibieron con cariño y a quienes el fraile obsequió con "tabaco, pinole y canchaca", a lo cual quisieron corresponder los indios cargándole con "sus rústicos bastimentos" y rogándole que se quedara con ellos.

Los soldados, cuyo número fue de 54, labraron una cruz que levantaron en el pueblo mismo, recibiendo la adoración de los indios, que besaron la mano al fraile al "ver que los españoles hicieron lo mismo".

El padre fray Benito Fernández de Santa Anna había terminado su obediencia como presidente de las misiones del norte y era substituído por Fr. Francisco Crespo. Pudo pensarse que esto sería una circunstancia que retardaría las funciones proyectadas dentro de la nación apache; pero no fué así, y el nuevo presidente manifestó desde luego tanto empeño como su antecesor; para ello se contaba también con el deseo ferviente del gobernador de Coahuila, y al fin, previo informe de Fr. Alonso Girarlo de Terreros, se llevó a término la primera fundación en el paraje de San Rodrigo, donde los apaches habían "erigido un xacal para Iglesia, y cortadas muchas maderas", seguramente para fabricarla en mayor escala. Pero la misión no habría de permanecer mucho tiempo, pues el 4 de octubre de 1755, los indios la abandonaron durante la noche e "hicieron fuga, dejándola desierta y despoblada". Esto sucedía con frecuencia en las misiones nuevas y el hecho se explicaba por el "inconstante genio (de los indios); por levísimos pretextos, y aun sin más que acordarse de la libertad y ocioso modo con que viven en el campo".

Por estas razones se insistió en fundar más misiones a lo largo del río de San Sabá, en el cual, desde la expedición del teniente Galván y del Padre Aranda, se había encontrado con muy buen caudal, ofreciendo sus márgenes bosques de nogal, de encino, de álamo, de olmo y de mezquite; los cerros próximos, buena piedra para construcción, y los campos aledaños, magníficos agostaderos. Para esto se

contaba con el empeño de don Pedro de Rávago y Terán, gobernador de Coahuila, que había llegado también al río de San Sabá y no tan sólo, sino que se tenía proyecto de movilizar los presidios de San Antonio y otros hacia aquel mismo sitio.

El proyecto fué creciendo y formalizándose, ya que intervinieron para realizarlo, el comisario general de la Orden de los Frailes Menores, el virrey y don Pedro Romero de Terreros, conde de Regla, en su calidad de síndico apostólico del Colegio de la Santa Cruz de Querétaro, conviniéndose en que el Virrey quedase obligado "a aviar proveer y mantener todo lo necesario en cada una de las misiones y a todos los religiosos empleados en su ministerio, sin que S. M. y su Real Hacienda tuviera gasto alguno por el espacio de los tres años primeros"; por su cuenta habían de ser "la fábrica de las Iglesias, Ornamentos, Vasos sagrados y demás utensilios, debiendo entender en todo el R. P. Fr. Alonso Girarlo de Terreros"; y, por último, "los religiosos que hubieran de administrar en estas Conversiones, habían de ser de los Colegios Apostólicos de la Santa Cruz de Querétaro y de San Fernando de México, concurriendo alternativamente y con religiosa constancia, de forma, que fundando la primera Misión el Colegio de la Santa Cruz, fundase la segunda el de San Fernando, y de este modo siguiesen las demás fundaciones".

Terminadas las convenciones se dieron los pasos necesarios para llevarlas a la práctica. A fines del año de 1756 partieron hacia el norte, el comisario de la Orden y el coronel don Diego Ortiz Parrilla, como representante del gobierno virreinal. Llegaron a la provincia de Tejas, donde "se aviaron de ganados, maíz y demás necesarios para la expedición"; en el presidio de San Xavier tomaron los ornamentos pertenecientes a las tres misiones.

No fueron pocas las dificultades para llevar los ganados; sin embargo, el ocho de abril de 1757 llegaron a la misión de San Antonio y el 17 del mismo mes y año, a las márgenes del río de San Sabá. Sin embargo, no encontraron a los indios apaches, que habían ofrecido poblar las nuevas misiones con la cantidad de trescientas familias, habiéndoseles dado previamente "entre muchas cosas de ropa y otras que pedían, cantidad de maíz para el camino". Con todo, se procedió a formar dos tomas de agua, pues había muy buenas tierras de cultivo y cercanos: "madera, piedras, pastos, tules". El sitio escogido habría de ser al que correspondió al presidio de San Luis de las Amarillas, a manera de un puesto avanzado para cubrir los pueblos y misiones. El 4 de mayo de 1757 quedaron escogidos definitivamente dos lugares, uno que habría de corresponder al Colegio de la Santa Cruz de Querétaro y el otro al Colegio de San Fernando.

Se destinó especialmente para tratar con los apaches a Fr. Benito Barela, por la circunstancia de que hacía mucho tiempo tuvo oportu-

tunidad de conocerlos a fondo y estudiarlos en la misión de San Antonio. Con tal fin salió con rumbo al río de San Marcos, donde encontró a una india y tuvo la contrariedad de saber que tres indios texas y cuatro más, de la misión de San Antonio, habían dado muerte a un capitán apache, a su mujer y a sus dos hijos, aparte de que los comanches merodeaban por la propia misión de San Antonio, en cuyas cercanías se habían encontrado los cadáveres de cuatro apaches más.

Existía, por otra parte, el inconveniente de la falta de lealtad de los indios hacia los religiosos. Por ejemplo, el capitán Chico habría de concurrir al presidio de San Antonio y moverse hacia San Sabá, tanto para proteger a los religiosos, cuanto para que los demás apaches se sintieran hasta cierto punto seguros contra las diversas naciones indígenas, sus enemigas. Con este y otros respectos, Fr. Mariano escribía: "de los varios Capitanes que han venido haciéndoles cargo de su tibieza y excesos, unos se descargan con el Grande, y otros con el Chico, y de estos dos uno dice que el otro no quería, y éste que el otro no sólo lo rehusaba, sino que se hallaba en intención de seguir otra senda". Por tales razones, seguramente, continuaban los motivos adversos para las fundaciones en el río de San Saba: un hermano del capitán Casa-blanca, de los apaches, había sido muerto por comanches y por indios recogidos en la misión de San Antonio. Sin embargo, esto no fué motivo que le impidiera visitar al coronel jefe de los presidios en su propio campamento, adonde llegó acompañado "de multitud de gente" y en "crecidas tropas que fueron armando sus tiendas en su contorno."

El capitán Casa-blanca manifestó su contrariedad por la muerte de su hermano, de otro indio más y de dos mujeres, aparte de que se habían llevado cautivos a cuatro. Pedía, y en esto lo apoyaban los principales de la tribu, "que se traxesen allí los indios culpados de San Antonio, y se castigaran en presencia de ellos." El coronel contestó discretamente que se haría justicia en la forma que procediera, y mientras tanto, ordenó que se les diesen tres reses, tabaco y otras cosas que les indicaran el agrado con que les recibía." Por su parte, aprovechando el coronel un momento que creyó el más oportuno, preguntó a los caudillos apaches cuáles eran sus intenciones para lo futuro; a lo cual respondieron "que su voluntad era radicarse en pueblos de Misión, pero que por entonces no podían congregarse todos, porque muchos andaban en la caza de las cibolas, y que era necesario estar todos juntos por el riesgo de los comanches, que eran sus mortales enemigos, y que querían ellos antes darles una campaña, para la que pedían les ayudasen los soldados". Desde luego se adivinaba su intención: deseaban la cooperación de un enemigo contra otro enemigo común; sin embargo, se determinó que el P. Fr. Diego Ximénez se quedara a observar "sus interiores sentimientos".

Diversas, aunque pequeñas circunstancias, fueron la causa de que los apaches cambiaran en sus enunciados propósitos, y al ser reconvenidos sobre sus promesas nunca cumplidas, llegaron a contestar airadamente "que no se congregarían en misión, porque no era su voluntad y que él (el capitán Casa-blanca) no había dado palabra de reducirse ni a los padres, ni a los Capitanes, ni tampoco a ninguno de los que estaban presentes; que el otro día se irían para juntarse con otros muchos para la guerra de los Comanches que los perseguían, y los tenían muy agraviados". En cambio, el capitán Chico convino ante Fr. Diego Ximénez en que no continuaría la situación irreducible manifestada por el otro capitán, y al contrario, él se reduciría con los trescientos que le seguían; pero creía conveniente la declaración de todos ellos para proceder en definitiva. Esto, sin embargo, fué su muy buena intención, ya que por lo pronto haría guerra a los comanches, como se lo tenían prometido los demás de su nación y, por otra parte, tenían la necesidad urgente de proveerse con carne de cíbola, lo cual hizo comprender a los religiosos, y con gran pena, que todo era promesa, y la veleidad, el carácter de los diversos grupos de la nación apache.

Por cuanto se refiere a sus enemigos los comanches, había diversos indicios de que no abandonaban sus propósitos de ataque y persecución. Espías y rastreadores de los propios apaches habían encontrado huellas de una nueva concentración comanche, y no tan sólo, sino indicios muy vehementes de que tenía ligas con diversos grupos de la nación de los texas; y, que varias naciones unidas se proponían atacar en grande escala a la ya prevenida apachería. Por este tiempo regresó el capitán Chico a la región de San Sabá bien abastecido de carne de cíbola, pero manifestando el ningún afecto a establecerse en misión, antes acelerando su marcha, "por lo que los misioneros perdieron toda esperanza de su reducción y procuraron retirarse a las otras misiones, donde no estuvieran ociosos".

El experimentado misionero Fr. Alonso Girarlo, en previsión de acontecimientos desagradables, había construído, mientras tanto, un jacal que hacía servicios de iglesia y habitaciones rústicas para los soldados; todo rodeado de una empalizada, formando un patio cuadrado con puerta única. La primera manifestación hostil de los indios fué el dos de marzo de 1758, en que, acercándose al puesto de San Sabá, se llevaron sesenta y dos caballos. Salieron en su persecución quince soldados, que determinaron regresar a poco, en vista de los vestigios que encontraron y que les hicieron temer un peligro muy serio. Así lo pensó también el coronel cuando visitó el campamento, por lo cual instó al P. Girarlo para que abandonase el lugar, reconcentrándose al presidio. El fraile se opuso, "fiado quizá en que en otros muchos lances que le habían sucedido en tantos años

de misionero, le había perdido el miedo al modo con que hacían la guerra los Indios."

Pero las hostilidades crecían, y ahora su aspecto era francamente amenazador. El 17 de marzo del propio año de 1758, celebraba la misa el P. Girardo en el momento que despunta la aurora y tan luego como la terminaba, se oyó a lo lejos tiros de fusilería y los conocidísimos gritos de los bárbaros. Al salir el sol, la misión estaba rodeada por completo y, como debe comprenderse, la inquietud era muy grande, tanto, que Fr. Miguel Molina instó a Fr. José Santiesteban para que suspendiera la misa que celebraba en ese momento. Los indios, expresándose en castellano, gritaron que venían en son de paz, y que tan sólo buscaban a los apaches, pues a éstos sí hacían la guerra. Eran los recién llegados indios texas y comanches, que abriendo la única puerta del puesto misionero, penetraron al patio, desmontaron de sus caballos y alargaron sus manos a los frailes "con expresiones de cumplimiento y agazajo", a lo cual correspondieron aquéllos. Los bárbaros iban vestidos de una manera, a la vez que ridícula, pavorosa, con prendas disímiles, seguramente robadas en los numerosos asaltos que habían cometido, y, "armados de fusiles, sables, chuzos y flechas". El que aparecía como jefe y que iba vestido con la casaca roja del uniforme que entonces usaban los franceses, no desmontó del caballo. Era un jefe comanche, "que venía armado de fusil y otras armas", "con horrible semblante y aspecto fiero". Los misioneros se apresuraron a ofrecerle algunos manojos de tabaco, pero el bárbaro no hizo más que mirarlo "con una sonrisa falsa, y muy brioso denuedo", por lo cual se comprendió que la amistad prometida era tan sólo un ardid para penetrar a la misión y que algo grave debería esperarse.

De seguro, con el fin de enterarse de sus intenciones, Fr. Alonso Girardo preguntó a los indios si deseaban ir al presidio. Contestaron que sí. Entonces el fraile presidente escribió un papel que entregó a los invasores de la misión. Un grupo salió, pero regresó a poco, afirmando que no los habían recibido en el presidio y por el contrario, habían matado a cuchilladas a uno de los indios. Ello fué mentira y tan sólo un pretexto para asaltar la misión. Propusieron, sin embargo, que los acompañase al presidio el propio Fr. Alonso, a lo cual, éste accedió, prestándole ayuda los indios para ensillar su caballo. Mas no habían pasado la puerta de la empalizada, cuando un certero balazo terminó con la vida del misionero y fué la señal para un ataque general. A la primera descarga cayeron tres soldados; los demás se hicieron fuertes inmediatamente en el cuarto de los avíos. Este era el que ambicionaban los indios. Penetraron ahí, robaron todo lo que había y mataron a golpes al desdichado P. Santiesteban. El ataque se concentró entonces sobre el cuarto que ocupaban Fr. Miguel y los soldados, que "defendían la puerta, disparando por troneras las

escopetas"; pero "no cesaban los indios de batirla con los fusiles, no con poco daño de los que estaban dentro, y con la desgracia de que dando una bala en un madero, de rechazo hirió al P. Fr. Miguel, entrando de soslayo por la clavícula del pecho y rematando en el brazo." Mientras tanto, otros grupos de indios comanches, texas y vidais, juntaban leña y la acumulaban alrededor de la misión con el ánimo de prenderle fuego, lo cual consiguieron sin obstáculo alguno. Un sirviente apache logró escapar y llegar al presidio, cuyo jefe ordenó que salieran ocho soldados al mando de un cabo, con el fin de reforzar a los que peleaban en la misión, pero no pudieron llegar; los indios tenían tomados todos los caminos, y cuando se acercaba el auxilio, le salieron al encuentro, en tres filas. A la primera descarga cayeron tres soldados; los demás resultaron heridos y a duras penas pudieron emprender la retirada. Los indios quemaron la misión e incendiaron todos los alrededores con el fin de impedir que pudiesen venir nuevos auxilios del presidio. Fr. Miguel Molina, sin embargo, pudo salir, y ocultándose por "malezas y matorrales", llegó al presidio, donde se organizó la fuerza necesaria para acudir a la incendiada misión. Fué rescatado el cadáver de Fr. Alonso Girarlo, mas no el de Fr. Joseph Santiesteban, consumido por las llamas seguramente.

Muy justo es decir que según el testimonio de Fr. Mariano de los Dolores, los apaches llegaron en "crecidas tropas" a la Misión de San Antonio para el caso de que fuera atacada y que un apache condujo hasta el lugar a un grupo de siete personas y que otro, habitante de San Sabá, "libertó dos criaturas españolas, con las que estuvo oculto, y entró en el presidio con la más pequeña a cuestas; otro traxo una muger, cuyo marido había muerto en el camino, llamado Cadenas, con tal compasión, que la trajo en su caballo, y él se vino a pie, habiendo cuidado en el camino de su alivio y sustento".

El capitán Chico hubiera proporcionado buenos auxilios a los frailes de San Sabá de no haberse alejado del lugar, disuadido por Casa-blanca. Sin embargo, tuvo que sentir el rencor de los comanches cuando acampado en el río Florido, se dirigía con su gente a la caza de la cibola. Ahí lo sorprendieron sus enemigos en momento de descuido. Pero fué atacado con tal desorden, que pudo romper el cerco y refugiarse en el Presidio de San Sabá, "dexando algunos muertos y diez y nueve prisioneros".

Esta circunstancia fué propicia para insistir con Chico para que él y su gente quedaran reducidos en misión; afirmó que siempre había sido tal su intención, pero actualmente se encontraba obligado a castigar las ofensas que había recibido de los comanches y que a estos mismos no importaría el lugar donde estuviese para atacarlo.

Estas razones parecieron "dilaciones frívolas", pues de reducirse, podrían castigar con más facilidad a sus enemigos, ya que la propia

misión cuidaría de los ancianos, de los enfermos, de las mujeres y de los niños.

De todas maneras, la situación no podía ser más difícil y así fué planteada en una junta de oficiales de guerra celebrada en San Antonio de Béjar, en la cual se determinó abrir campaña a los comanches bajo la dirección del coronel Parrilla. Se esperaba tomarlos por sorpresa, mas no fué así; estaban "muy prevenidos de militares defensas en un fuerte defendido de fosos y cubiertos los caminos y entradas con ramas para inutilizar la caballería, y tomados los altos por innumerables defensores armados de fusiles y otras armas ofensivas". Sin embargo, se inició el combate con rotundo fracaso, pues los caballos, fatigados por el frecuente galope, quedaron detenidos en las ramas. Bien pronto se comprendió que continuar el combate significaría la derrota y se optó por la retirada, abandonando un cañón.

Esto fué motivo de sentimiento para las naciones indígenas amigas tanto más, cuanto que los comanches interpretaron como una victoria, señalada, para ellos mismos, la retirada de los españoles. El único consuelo que se tuvo por entonces fué la conversión de los apaches ipandes, los que aceptaron vivir en las misiones.

No fueron los únicos, pues los indios ipandes, capitaneados por el Cabezón, halagados por el auxilio de soldados que les había proporcionado el nuevo capitán de los presidios, con el fin de protegerlos de los comanches durante la caza de cibola; por las donaciones de tabaco, ropa y útiles diversos, prometieron abandonar su vida nómada y reducirse a las misiones definitivamente. Esta circunstancia fué prontamente aprovechada por Fr. Diego Ximénez, quien trató con los indios, y arregladas pequeñas diferencias, les señaló como punto de su estacionamiento el Valle de San Jose, cruzado por el río del mismo nombre y cuya situación topográfica corresponde a una distancia igual del río Bravo y del río de San Sabá. Este lugar pareció muy propicio a los apaches, a pesar del afecto que tenían por las tierras de San Sabá, ya que su posición menos nortea, los protegía mejor de los comanches, aparte de una proximidad mayor con respecto a los presidios. Mas, nuevamente, los apaches presentaron condiciones: la primera, realizar un gran abastecimiento de carne ciboliana antes de establecerse; la segunda, que les fuese entregada la hija del capitán mayor de los natages, que los españoles mantenían en cautiverio; la tercera, que se les prestase ayuda para emprender una campaña contra los comanches, a fin de disfrutar de completa o relativa tranquilidad en la misión. La primera se creyó justificada, pero las dos siguientes tan sólo serían satisfechas, si las circunstancias así lo indicaban.

Terminó la carneada de cibola y creyéndose todo listo y arreglado, el capitán de los presidios, acompañado de Fr. Diego Ximénez y Fr.

Joaquín Baños, fundó la misión del Valle de San Joseph, el 9 de enero de 1761, proveyéndose con "hachas, barras y rejas, maíz, piloncillo y tabaco, ropa, sombreros y quinquillerías para congratular a los indios"; se procedió, asimismo, a la inspección de tierras y aguas y a levantar las informaciones correspondientes, actuando "testigos y prácticos".

Para fundar el poblado, escogióse una loma plana que tenía cerca un manantial; lo primero, se construyó un jacal que serviría como iglesia, y al toque de campana, Fr. Diego Ximénez celebró las primeras ceremonias rituales. Por su parte, el capitán de los presidios, cuyo nombre ignoramos, dió posesión a los indios de tierras y aguas, nombró capitán y gobernador al Cabezón y dió nombre al pueblo en representación del virrey. Le llamó Santa Cruz. Terminó nombrando ministros a los padres Ximénez y Baños, quienes se apresuraron a llamar misión de San Lorenzo al poblado, según el encargo que oportunamente recibieron del Colegio de Propaganda Fide de la Santa Cruz de Querétaro.

La era de paz y armonía parecía continuar. Apenas establecida la misión del Valle de San José, se tuvieron noticias de que el indio Tunio, caudillo de los texas, hasta entonces aliados de los comanches, estaba en el río de San Sabá, con más de 100 hombres armados, que deseaban establecerse en misión. Allá fueron Fr. Diego Ximénez y el capitán comandante de los presidios, quedando en la misión de San Lorenzo Fr. Joaquín Baños con veinte soldados de escolta al mando de un teniente. Los indios texas estaban ciertamente en San Sabá al mando de Tunio, quien apersonado con el fraile y el capitán, ratificó todas sus propuestas, y concluidos los tratos, se prefirió como sitio para la misión, entre varios que fueron inspeccionados, uno muy agradable, con manantial próximo, situado a cuatro leguas de Santa Cruz. Ahí se fundó la segunda misión del valle y río de San José, y a la cual se dió el nombre de Nuestra Señora de la Candelaria, nombrándose a Tunio para gobernador y a Fr. Diego Ximénez para ministro. Pero bien pronto la fe, la satisfacción y el entusiasmo de los misioneros quedaron profundamente quebrantados al convencerse de que los indios permanecían "incrédulos, sin sujeción, doctrina, ni mudanza de vida; proque sólo se establecieron allí por la seguridad del sitio, para librarse de las invasiones de los enemigos, y tener en su defensa a los Españoles". Los militares miraban la cosa desde otro punto de vista y tan sólo enumeraban y medían las conquistas territoriales, sabiendo que esto habría de ser un buen medio para lograr consideraciones y ascensos.

No cabe duda que la posesión de San Sabá y sus contornos representaba adquisición magnífica, pues era "uno de los muchos valles que en más de veinte leguas se forman en los senos de una áspera serranía, por lo que los españoles les llaman los Cañones," todos

cubiertos de bosques y malezas, cuando no de ásperos pedregales que dificultan la entrada y el tránsito, a tal grado de tener tan sólo "determinadas puertas, especialmente por la parte del Norte, en que son muy estrechas y montuosas". Su posición geográfica quedaba definida así: "con igual distancia de quarenta leguas" tenía "al Oriente el Presidio de S. Antonio, al Sur el del Río Grande, al Norte el de San Sabá, y al Poniente un despoblado de trescientas leguas que hay hasta Tamaulipas: entre Norte y Poniente el Nuevo México, y el real de Chiguagua".

Precisamente una situación tan favorable ofrecía a los indios una doble aunque contradictoria situación. Por una parte, se sentían libres, y por serlo, o por pretextar la caza de la cibola, salían de las misiones para efectuar correrías por los países vecinos; regresaban y ni siquiera tenían la precaución o el pudor de ocultar el producto de sus robos. Por otra parte, sentíanse protegidos moralmente por las misiones y sus frailes, y materialmente por los presidios con sus oficiales y soldados.

Sin embargo, la misión de Santa Cruz permaneció así por cuatro años. Para entonces había desaparecido la misión de Nuestra Señora de la Candelaria, pues Tunio y su gente volvieron a sus viejas y aferradas costumbres.

Una circunstancia terminó con lo que habían formado los misioneros franciscanos a costa de tanto afán y sacrificio. Llegaba el tiempo de la caza de la cibola; las condiciones favorables del tiempo determinaron que dichos animales engordasen de una manera excepcional, y los apaches, reducidos real o aparentemente, pensaron realizar una carneada también excepcional, batiendo intensamente, si era necesario, a los comanches que tenían la misma fuente de aprovisionamientos. Los espías de estos mismos llevaron los informes del caso, y con tal motivo, los feroces indios de las estepas tejanas determinaron madrugár.

En número de trescientos, "los más a caballo vestidos de cueros, y cubiertas de morriones las cabezas", armados con fusiles, con lanzas o chuzos y "unas cuchillas como hachas con cabo de media vara colgadas del puño de la mano", atacaron la misión, cuya plaza tenía "setenta varas en quadro cercada toda de paredes aunque débiles: tenía dos baluartes con dos pedreros y una sólo puerta". Con tales defensas era posible, sin embargo, resistir a los comanches y arrasarlos con fuego de metralla y de escopeta; pero los alaridos de los indios, los disparos de sus fusiles y el lanzamiento de "muchas flechas sin piedras", fueron bastante para infundir pavor a los soldados que carecían de disciplina y de habilidad para el manejo de los pedreros. Los indios se sintieron dueños del campo, por virtud del reconocimiento que practicaron; fueron al monte, donde dejaron los

caballos, y regresaron a pie para emprender un ataque formal. Pudieron desde luego "fácilmente abrir las brechas que quisieran, y dar un ataque muy sangriento; pero se contentaron con hacer un continuo fuego" del cual resultó gravemente herido el teniente y de una manera leve, en la cabeza, un soldado. El fuego, que había comenzado en la mañana, se prolongó hasta el mediodía. Un aguacero torrencial y providencial lo hizo cesar; los indios se retiraron "sin más ventaja que llevarse una manada de yeguas".

Un mes después volvieron usando la guerrilla de emboscada. Así, lograron aprehender a las mujeres que lavaban en el río, y como eran pocos, las disfrazaron con sus propias ropas para que aparecieran muchos. Entonces iniciaron el fuego. Eran las nueve de la mañana, y aunque ahora sí, detenidos y sobrecogidos por el fuego de la metralla, sostuvieron el ataque hasta las cinco de la tarde, en cuya hora se retiraron. Fué de verse en estos diversos ataques de qué manera "los famosos, formidables y valentones apaches" así como "los temidos Lipames", huían despavoridos ante la sola presencia de los comanches, parando a veces hasta cien leguas de distancia, en la otra banda del río Grande del Norte. Un episodio de asalto y latrocinio fué el epílogo. Seguros los apaches en que sus legendarios enemigos se habían retirado muy lejos, salieron confiados y dichosos a la caza de la cibola. Los comanches les siguieron la huella, y cuando regresaban los propios apaches con una gran carneada, les cayeron, se las quitaron toda y aparte como mil caballos.

Esto, más que los asaltos a la misión de San Lorenzo, determinó su rápida decadencia, por lo cual, el año de 1767, el Marqués de Rubí, visitador de los reales presidios del norte determinó que fuese abandonada y como lo habían sido muchas de las vecinas, terminó en el corazón de la apachería la muy loable tarea que los franciscanos habían iniciado años atrás en las misiones de San Francisco Xavier de los Texas.